



seguramente dejará contentos a unos cuantos”. Me recita la argumentación desarrollada por Paul Wolfowitz (secretario adjunto de Defensa entre 2003 y 2005) según la cual, tras el 11 de septiembre, Estados Unidos no tuvo más opción que imponer la democracia en Medio Oriente para cambiar profundamente las sociedades que habían dado origen a los terroristas. Para alguien que se dice defensor de la democracia, él es curiosamente indiferente al hecho de que el 80% de los iraquíes deseen la partida de las tropas estadounidenses. “Me da igual”, dice, descartando la cuestión con un ademán. Continúa diciendo que “nadie fue torturado en Abu Ghraib ni en Guantánamo” y que Bush es “un héroe”. Como la mayoría de los pasajeros, está convencido de que el gobierno estadounidense va a desatar un ataque contra Irán (3).

“No dejo de decirle a la gente que la Cuarta Guerra Mundial ha comenzado”, explica, echando pestes contra Buckley, George Will* y todos los traidores a la causa que se niegan a ver la realidad de frente. Según él, la victoria se acerca. Durante algunos minutos, en este buque acunado por la brisa tibia que llega de México, tengo la impresión de que en Bagdad nunca existió el sufrimiento.

Paseando, me cruzo con otros fantasmas del conservadurismo que deambulan por los pasillos. Veo a John O’Sullivan, ex asesor de Margaret Thatcher y ex redactor del *National Review*. Una mañana, sobre el puente, me topo con Kenneth Starr*, que parece recién salido de un reportaje de 1990. Tiene cara redonda y lisa, como la de un inmenso bebé satisfecho. Al mirarlo, mi asombro anterior vuelve a la superficie y le pregunto: “Señor Starr, ¿no le da vergüenza haber paralizado al gobierno por unas felaciones libremente consentidas mientras Osama Ben Laden preparaba el asesinato de tres mil ciudadanos estadounidenses?”.

Me devuelve una sonrisa impasible y explica con su voz monocorde: “No tengo ningún arrepentimiento. La cámara de representantes expresó su voluntad, el Senado expresó su voluntad y la Corte Suprema dio su opinión. La Constitución funcionó de manera notable”. Frente a una defensa tan perezosa, lo pongo contra las cuerdas y él insiste en utilizar argumentos jurídicos; cada respuesta se convierte en una variación de “yo no tuve la culpa”.

Unos días después, el barco de la contrarrevolución ancla en Puerto Vallarta, en México. Los pasajeros tienen la oportunidad de dar algunos pasos en un país que quisieran ver aislado por un muro de 1.500 kilómetros de largo. Cuando expreso mi deseo de pedirle a un niño que me guíe por la ciudad, todos me miran con espanto: “¿Quiere morir aquí?”. D’Souza expresa el sentimiento general al anunciar lo que modestamente llama “la teoría d’souziana de la inmigración”: la calidad de un inmigrante es “proporcional a la distancia recorrida para llegar a Estados Unidos”. En otras palabras, los asiáticos valen claramente más que los latinos.

Cuando a la noche vuelvo, sano y salvo, ceno en compañía de una personalidad del *National Review*: Kate O’Beirne. Es una rubia inmensa con la voz de una actriz de los años ’30 y los argumentos de un patriarca victoriano de la década de 1890. Hábil e ingeniosa, se burla del feminismo y de “esas mujeres que quieren cambiar el mundo... para mal”. Rodeada de fans deslumbrados, nos presenta a su marido, quien se apresura a anunciar que es el asistente personal de Donald Rumsfeld. “La gente me pregunta qué hago aquí, si él fue despedido. Pero este crucero se organizó mucho

antes de que pasara todo eso.”

La rutina habitual, presentaciones-conversación-letanía de ideas de derecha, comienza a acelerarse. Esa noche mis vecinos hacen la apología de un dictador fascista antes de terminar la entrada. Yo digo que en Alemania se habla de pedir la extradición de Rumsfeld, acusado allí de crímenes de guerra. Un hombre cuya cara enrojecida se parece a un huevo sobre el cual han pegado un bigote farfulla: “Si los alemanes creen que pueden decidir por todo el mundo, peor para ellos; los bombardeamos y listo”. Les recuerdo que ya hay un antecedente, con Pinochet. Pero O’Beirne me corta la palabra: “Tratar a Don Rumsfeld como a Pinochet es abyecto”. El hombre-huevo golpea el puño sobre la mesa: “¡Tratar a Pinochet así era abyecto! Pinochet es un héroe, salvó a Chile”. “Es cierto —confirma el marido de Kate O’Beirne—. Y privatizó las jubilaciones.”

La mesa asiente con la cabeza solem-

libro, *America Alone* (4), es simple: las “razas europeas”, es decir los blancos, “se han vuelto demasiado narcisistas para procrear en cantidades suficientes”, mientras que los musulmanes se reproducen a toda velocidad.

La consecuencia inevitable de este desequilibrio será “una evacuación a gran escala hacia 2015”, cuando Europa caerá bajo el dominio de Al-Qaeda y “Francia aceptará sin chistar convertirse en una provincia de Bosnia”. Steyn funda estas afirmaciones en “datos demográficos”. Pero su demostración exige que el número de musulmanes en Europa pase de 20 millones a 150 millones en nueve años.

Los hechos, o las dudas, no tienen lugar a bordo de este navío. Con una o dos excepciones, los pasajeros ven a “los musulmanes” como un grupo homogéneo de fanáticos obsesionados por la *sharia* que prácticamente se apoderaron de Europa. En una semana me preguntaron nueve veces

A bordo de este barco no hay rastros del Vietcong ni de los tres millones de muertos vietnamitas; sólo queda la traición de los izquierdistas.

nemente y pasamos a la cuestión que ocupa la mente de todos: los millones de musulmanes que se aprestan a poner al mundo de rodillas. La idea según la cual Europa está siendo invadida constituye en cierto sentido el tema principal de este crucero. Uno puede hacer un crucero de solteros, un crucero de bailes de salón, etcétera; yo estoy haciendo el crucero “Los musulmanes están en nuestra puerta”. Todos piensan eso. Todo el mundo “lo sabe”. El hombre que reveló esta verdad está sentado a algunas mesas de mí: Mark Steyn. Tiene puesta una camisa estampada y anteojos de sol sobre la cabeza. La tesis de Steyn, enunciada en su nuevo

(las conté) cuándo me decidiría a huir de Europa para refugiarme en el único santuario que aún queda protegido: Estados Unidos.

Durante uno de los seminarios, un invitado explica que Estados Unidos está amenazado en dos frentes. “Los musulmanes nos reprochan que somos decadentes; los europeos nos reprochan que no somos lo suficientemente decadentes.” Midge Decter*, la mujer de Norman Podhoretz, exclama: “¡Son los musulmanes quienes tienen razón, no los europeos!”. Jay Nordlinger, el director de la redacción de *National Review*, replica: “Atención, Midge, que

muchos europeos son musulmanes”. El público aplaude. Alguien grita: “¡Ya les enseñaremos, Jay!”.

Nordlinger les enseñó. Decter les enseñó. Steyn les enseñó. Durante este crucero, todos les “enseñaron” y, a causa de mi pasaporte europeo, todos me enseñaron a mí. Será lo último que me enseñen, al final del viaje. Una vez abajo, sobre el muelle del puerto de San Diego, cuando estoy dándole la espalda al barco para irme, el juez con el que me encontré el primer día apoya su brazo sobre mi hombro en un gesto afectuoso. “Les vamos a dejar Inglaterra a los musulmanes. Véngase a Estados Unidos.”

- 1 Elecciones de mitad de mandato en las que la mayoría del Congreso se inclinó a favor del partido demócrata.
- 2 Hace unos quince años, Podhoretz y Buckley ya se habían opuesto —pero de manera más amortiguada— a propósito del antisemitismo del que Podhoretz acusaba —demasiado a la ligera, según Buckley— a algunos republicanos críticos de Israel.
- 3 Hace algunos meses, Podhoretz concluyó así un artículo titulado “Alegato por el bombardeo a Irán”: “George W. Bush es un hombre que sabe reconocer el mal cuando lo ve, y que probó su tenacidad y su coraje frente a los ataques más viles. (...) Queda por verse si este Presidente, debilitado por los enemigos de su política en Medio Oriente —en Irak en particular—, estará en condiciones de tomar la única decisión que podría impedir que Irán ponga en práctica sus siniestras intenciones, a la vez contra nosotros y contra Israel. Como estadounidense y como judío, espero de todo corazón que lo haga”. (*Commentary*, Nueva York, junio de 2007.)
- 4 Mark Steyne, *America Alone*. The end of the World as We Know It, Regnery Publishing, Washington D.C., 2006.

Quién es quién

John McCain. Piloto estadounidense durante la guerra de Vietnam, el senador de Arizona pasó más de cinco años en cautiverio, luego de que su avión fuera abatido en 1967. Aunque es republicano, rompió con el presidente Bush sobre la cuestión de las torturas y la detención sin juicio de sospechosos de terrorismo en Guantánamo. Actualmente participa en las primarias del Partido Republicano para las próximas elecciones presidenciales.

Dinesh D’Souza. Autor favorito de miles de ultraconservadores, ocupó muy joven un puesto (relativamente subalterno) en la Casa Blanca en los tiempos de Ronald Reagan. Se hizo conocido para un público amplio en 1991, con un panfleto titulado *Illeberal education* (traducido al francés como *L’éducation contre les libertés*) contra lo “políticamente correcto”, según él de izquierdas, que impediría a los estudiantes y profesores conservadores hacerse oír en los campus universitarios estadounidenses. Desde entonces, no ha dejado de endurecer sus posiciones, ya se trate de defenestrar a los movimientos feminista y homosexual o la discriminación positiva, o de celebrar a Estados Unidos y el combate contra el islamismo.

Robert Bork. Juez muy conservador, opuesto al caso *Roe vs. Wade* que legalizó el aborto en 1973, fue designado por Ronald Reagan en julio de 1987 para ocupar un puesto en la Corte Suprema. En octubre del mismo año su nombramiento fue rechazado por el Senado (que entonces estaba controlado por el partido demócrata) por 58 votos contra 42, como consecuencia de una enorme movilización de las fuerzas progresistas. La derecha estadounidense siempre vio en esta negativa la prueba de la intolerancia de la izquierda estadounidense.

Norman Podhoretz. Nacido en 1930, fue jefe de redacción de

la revista *Commentary* de 1960 a 1995; simbolizó la conversión de ciertos intelectuales de izquierda neoyorquinos al neoconservadurismo y a la celebración de Estados Unidos.

William Buckley. Hijo de un millonario del petróleo, nacido en 1925, Buckley encarna sin duda al intelectual más influyente de la derecha estadounidense desde que, en 1951, publicó un panfleto contra el ateísmo y el anticapitalismo en los ámbitos universitarios (ver Serge Halimi, “El pueblo contra los intelectuales”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, mayo de 2006). Buckley fundó luego el *National Review* y dirigió esta publicación, muy apreciada por Ronald Reagan, hasta 1990. En 1965, además, fue candidato a la alcaldía de Nueva York contra John Lindsay, un alcalde republicano progresista.

George Will. Desde hace un cuarto de siglo, es uno de los periodistas conservadores más conocidos de Estados Unidos. Editorialista —talentoso y de la vieja escuela— en el *Washington Post* y *ABC News*, en su momento se diferenció de la Casa Blanca, ya que ni es verdaderamente neoliberal en economía ni está convencido de las cruzadas por la “democracia” en política extranjera.

Kenneth Starr. En 1998, cuando era fiscal especial, persiguió al presidente William Clinton por su relación con una becaria de la Casa Blanca, Monica Lewinsky.

Midge Decter. Nacida en 1927, al igual que su marido Norman Podhoretz, simboliza a esas intelectuales de izquierda o extrema izquierda que giraron a la derecha durante el movimiento estudiantil de los ’60, al que se acusó de destruir la cultura estadounidense y ridiculizar el patriotismo. Es también una de las teóricas del antifeminismo y de los “valores familiares tradicionales”. ♦